

A LA SRTA. LEONILA AGUILA P.

## DON BERNARDO O'HIGGINS

### I

**E**L distinguido y patriota sacerdote don Salvador Donoso, en su elocuente Oración Fúnebre de don Bernardo O'Higgins, pronunciada en 1869, dijo en una parte: "Tenía en Dios una confianza ciega: cuando todos se arrojaban en brazos de la desesperación, él esperaba contra toda esperanza". En otra parte añadió: "La fe, la esperanza y la caridad, eran la firme roca en que descansaba su alma cuando las olas de la tribulación se acercaban a turbarla".

Así se explica que don Bernardo O'Higgins haya dado tantas pruebas de fortaleza durante su gloriosa vida militar y tantas muestras de resignación cristiana en todo el tiempo de su injusto destierro. En Rancagua no quiso que nadie le disputase el primer lugar, y en un momento dado, dirigió a Freire estas palabras: "A mí me toca estar donde haya más peligro".

Y desde el Perú escribió a don Juan Martín de Puyrrredón: "Conservo sólo mi honra, la memoria del bien que alcancé a hacer, y no me agita pasión alguna: antes de vencer a mis enemigos, aprendí a vencerme a mí mismo". Y poco antes había dicho a Monteagudo: "O!

vidado de las injurias, sólo descanso en la calma del bien que hice a mi patria”.

\* \* \*

En todas las acciones de guerra en que participó,— especialmente en el desastre de Rancagua,— supo don Bernardo O’Higgins hacer honor a las palabras que escribió un día al coronel Mackenna: “Me he alistado bajo las banderas de mi patria después de una madura reflexión y puedo asegurar a Ud. que jamás me arrepentiré cualesquiera que sean las consecuencias”.

Después de la carga a sable que en Rancagua inmortalizó su nombre para siempre, se encontró O’Higgins solo en un campo desierto. Dirigió la vista a todas partes y distinguió, por fin, a lo lejos una casa de buena presentación. Cansado y abatido, hacia allá dirigió sus pasos, a fin de pedir hospedaje y recuperar sus perdidas fuerzas.

Al llegar, vió con asombro que la casa estaba habitada por un grupo de oficiales realistas, los cuales al verlo se pusieron en guardia. O’Higgins, con toda sangre fría se cruzó de brazos y esperó. Entonces un coronel español se adelantó hacia el prócer y le dijo: “Nada temáis; fuera de mi casa sois mi enemigo; dentro de mi hogar sois mi huésped.”

El general chileno sintió correr por sus mejillas una lágrima de emoción que limpió con el dorso de la mano, y saludando militarmente, contestó: “Gracias, coronel; en su lugar yo haría lo mismo”. Dió media vuelta, y al retirarse murmuró: “La hidalguía española ha hecho conmover el alma chilena”.

\* \* \*

Reorganizadas las tropas chilenas allende los Andes, jefes y soldados férreamente unidos volvieron a Chile en busca de la victoria. Desempeñaba el cargo de presidente de esta nación don Casimiro Marcó del Pont, personaje mediocre, de elegancia rebuscada y de frases ligeras que no cuadran bien en una boca varonil. Un día se negó

a firmar un documento que don José de San Martín había ya firmado exclamando con desprecio que él no pondría su "blanca mano" donde había puesto la suya el "indio San Martín".

Pues bien, por estos días estaba en Aconcagua don Ignacio Andía y Varela, un excelente arquitecto que después se hizo sacerdote, el cual pudo ver con sus propios ojos el pie de guerra en que venía el ejército de los Andes. Con este motivo se volvió a Santiago, y así que lo supo Marcó del Pont, lo hizo llamar a palacio para que lo informara acerca de lo que había observado.

A las primeras palabras del presidente, Varela le dijo con su acostumbrada franqueza: "No son hombres, señor, los que vienen, son fieras". Los españoles allí presentes, riéndose de la frase, al instante comentaron: "Son unos pobres diablos con sables de lata". "Efectivamente son diablos, replicó Varela, pero con sables de muy rico acero y pasados en molejón, y de no, allá lo verán".

Después del triunfo le Chacabuco, entre los personajes que O'Higgins y San Martín recibieron en el palacio de gobierno, estaba el vencido y cobarde Marcó del Pont. El general argentino tuvo entonces ocasión de lucir una fina ironía, porque acercándose al ex-mandatario de Chile, le dijo sonriente: "¡Venga esa blanca mano!"

Días después fué capturado el más siniestro de los verdugos de Chile, don Vicente San Bruno. Cuando el feroz capitán español trataba de fugarse fué reconocido por unos guasos y tomado prisionero. Conducido a Santiago, lo metieron dentro de un cuero fresco de vaca. Lo cosieron en seguida y así lo pasearon por las calles de la ciudad, para diversión del pueblo que tan cruelmente había tiranizado.

Varios días pasó dentro de este cepo críollo que él no conocía, a pesar de haber inventado tantos y tan crueles para los infelices patriotas. El cuero, al secarse

lo iba apretando poco a poco y lo hacía sufrir horriblemente. Fué fusilado después por orden de O'Higgins en la plaza de armas de Santiago. ¡Terrible lección para los que quieren jugar con la libertad de un pueblo!

\* \* \*

Un rayo de luz brilla en medio del charco de sangre de la batalla de Chacabuco. Es un hermoso episodio que no conviene dejar en la penumbra del olvido. Cuenta la tradición que un capitán español de apellido Bazán, se sacrificó con todo su escuadrón en un potrero de la hacienda de Peldehue que colinda con Chacabuco, para cubrir la retirada de los realistas, que presionados por los Granaderos de San Martín habían emprendido precipitada fuga.

A Bazán con sus valientes le tocó recibir el choque de los terribles granaderos; y sólo cuando hubieron perecidos todos, pudo continuar la espantosa cacería de soldados realistas. En los momentos más críticos de la matanza, el religioso dominico Padre Chocano, muy conocido de los patriotas a quienes había ayudado repetidas veces, abandonó su claustro y salió al camino pidiendo con los brazos abiertos piedad para los fugitivos.

Los Granaderos lo reconocieron, bajaron sus sables y perdonaron por amor al religioso a los vencidos que huían espantados. Al día siguiente, en las casas del fundo, O'Higgins y San Martín celebraron la humanitaria acción del sacerdote, y felicitándolo con un fuerte abrazo, hicieron que la Religión y la Patria se fundieran una vez más en un ósculo de amor!

Fué entonces cuando el ilustre O'Higgins,— parco en palabras pero fecundo en ideas,— brindó emocionado delante de sus leales amigos Chocano y San Martín: "Ahora aunque venga la muerte me encontrará contento y feliz, porque he vivido lo necesario para ver cumplido el grande objeto de todos mis votos y deseos. ¡Ya vuelvo a tener una patria dejando vengados sus agravios!"

## II

Los valientes guerreros de la independencia fueron todos buenos cristianos. Antes de partir para Chile el ejército de los Andes proclamaron sus jefes a la Virgen del Carmen como Patrona de sus huestes, y con su ayuda vencieron en Chacabuco a los enemigos de la patria. Pero la Reina del cielo, queriendo poner a prueba el amor de sus hijos, les hizo a los patriotas "una desconocida" en la sorpresa de Cancha Rayada, que por poco no los echó de nuevo camino de Mendoza.

En medio del desconcierto que provocó esta derrota, cuentan que Manuel Rodríguez, después de su famosa arenga "aún tenemos patria, ciudadanos", díjoles con su gracia habitual al Director interino don Luis de la Cruz: "Don Luis, la Virgen del Carmen no nos hace caso porque es maturranga". "No es cierto, se apresuró a contestar el Director, la Virgen del Carmen es chilena y republicana, pero le hace caso no más que a San Martín".

¡Efectivamente, el 5 de Abril, como luego veremos, la Patrona del ejército se puso a las órdenes del general argentino en los campos de Maipú, y a pesar del cariñoso chiste de Manuel Rodríguez, consolidó para siempre la independencia de Chile!

Don Ricardo Larrain Bravo en una hermosa obra de biografías, dice, a este respecto, lo siguiente: "Para los chilenos que hemos venido a gozar de la libertad que nos depararon nuestros abuelos y que ellos consiguieron merced a su patriotismo, a los sinsabores que pasaron y a la lucha cruenta y sin cuartel que debieron sostener contra los opresores, nos es filialmente simpático este gesto puro, esta mirada hacia el cielo de aquellos grandes hombres que fueron patriotas gigantes".

\* \* \*

En la sorpresa de Cancha Rayada recibió don Bernardo O'Higgins una herida en el brazo derecho. Fatigado y enfermo se dirigió, sin embargo, apresuradamen-

te a Santiago para tomar las riendas del gobierno, del que, en un momento de indecisión, se había apoderado Manuel Rodríguez.

Presentaba O'Higgins un aspecto cadavérico: sus facciones desencajadas y sus ojos hundidos. Al verlo en ese estado y en conocimiento de la derrota sufrida, el cirujano que lo atendía,— don Diego Paroissien,— trató de confortarlo diciéndole que no todo estaba perdido y que podían aún los jefes retirarse otra vez a Mendoza y formar allí un nuevo ejército.

O'Higgins, irritado, se levantó de su asiento, y encarándose con el médico, exclamó: “¿A Mendoza...? ¡Jamás! Con una emigración basta. Mientras viva y haya un solo soldado chileno que quiera seguirme, haré a los españoles la guerra en Chile. ¡Y cuidadito, señor cirujano, con que Ud. repita a persona alguna esta insinuación, porque le mando dar cuatro tiros a Ud. y a cuantos la repitan!”

Fué tan grande la derrota que sufrió Chile en la sorpresa arriba aludida y en la que fué herido el más ilustre de sus hijos, que al palpar una desgracia y como un pobre y menguado consuelo, se solía repetir en el país este proverbio: “Más se perdió en Cancha Rayada”.

\* \* \*

Detrás de O'Higgins entró poco después a Santiago don José de San Martín, cuando ya la serenidad había vuelto a los ánimos. Conferenció con el Director Supremo y otros jefes del ejército. Se tomaron medidas urgentes y él, personalmente, recorrió a caballo los diversos cuarteles para retemplar con su presencia el ánimo de sus soldados. La muchedumbre al ver al general por las calles lo saludó con entusiasmo. Y él contestó con una arenga alentadora, serena, inflamada de inquebrantable fe.

“Chilenos,— les dijo,— uno de aquellos acasos que no es dado al hombre evitar, ha hecho sufrir a nuestro

ejército un desastre. Era natural que ante este golpe inesperado vacilarais; pero ya es tiempo de volver sobre nosotros mismos y observar que el ejército de la patria se sostiene con gloria al frente del enemigo; que nuestros compañeros de armas se reúnen apresuradamente y que los recursos del patriotismo son inagotables".

Y terminó así su patriótico discurso: "La patria existe y triunfará. Yo empeño mi palabra de honor asegurando que en breve daré un día de gloria a la América del Sur". En ese instante solemne, un hombre del pueblo exclamó sin poder contenerse: "Muy bien, mi general, y venga un abrazo".

Y el Libertador,— no sólo porque lo juzgó oportuno y conveniente, sino también porque sabía ser sencillo y campechano como todo hombre verdaderamente grande,— apartó a O'Brien que trataba de interponerse, descendió del caballo y abrazó al hombrecillo, mientras la muchedumbre aplaudía delirante. ¡Ese abrazo dió a San Martín en ese día más soldados que las legiones que con su bota de caudillo hacia brotar Pompeyo de la tierra!

### III

Era la víspera de la batalla de Maipo. Entrada ya la noche llegó don Mariano Osorio a las casas de Lo Espejo, distante una larga legua del campamento de San Martín, en línea recta. Pero una de sus divisiones, la del impetuoso Primo de Rivera, se extravió en la marcha y llegó hasta Pudahuel. Ante el extrañamiento, el coronel D'Albe corrió a las diez de la noche a dar cuenta a O'Higgins, herido en su palacio, que la capital iba a ser atacada por los suburbios del poniente, donde no era posible la resistencia.

D'Albe dijo textualmente a O'Higgins: "Señor, incorpórate al ejército y abandona la ciudad por esta noche. Así salvaréis la vida". Pero el valiente jefe de las huestes patriotas le contestó con la estoica tranquilidad del deber: ¡No! Prefiero morir; y si vienen me encontrarán en mi puesto."

Al despuntar el alba del 5 de Abril, el ejército de Osorio ya ocupaba las casas de la hacienda Lo Espejo. Advertido San Martín fué en persona a hacer un reconocimiento. Observó por breves instantes el campo enemigo y volviéndose en seguida a los oficiales que lo acompañaban, exclamó: "Osorio es más inepto de lo que yo pensaba. El sol que comienza a asomarse en la cordillera va a ser testigo de nuestra victoria".

Dicen algunos historiadores que el general lanzó después una exclamación que fué entonces muy celebrada y que ha proporcionado un magnífico tema para la anécdota y el chiste: "¡Qué brutos son estos godos!" La batalla de Maipo tuvo lugar un día Domingo, con un cielo sin nubes y en que el sol brillaba sin quemar. "Parecía,— dice un autor,— que la naturaleza anhelaba festejar con sus galas el nacimiento de una nueva era para Chile".

Cuando llegó a Talcahuano la noticia de la batalla,— traída por un soldado fugitivo que precedió una cuantas horas al general Osorio,— don Luis Coy, comandante de la fragata Esmeralda, anclada en aquella bahía, dijo con voz profética a un oficial de graduación que estaba a su lado: "Mi amigo, España ha perdido sus colonias para siempre".

\* \* \*

Y O'Higgins empezó entonces a gobernar y organizar la república. Una de sus primeras providencias al asumir el mando después de las grandes victorias de la patria, fué la de libertar a los ilustres desterrados que Osorio había enviado al cautiverio de Juan Fernández. Consiguió su objeto, y lleno de entusiasmo reveló un día a uno de sus íntimos,— el presbítero don Casimiro Albano,— los sentimientos de su corazón caritativo.

"En este instante,— le dijo,— mi alma reboza de alegría. Este es el día más grande de mi vida que sobrepuja a los laureles adquiridos en el campo de Marte.



Este será el precioso recuerdo de mi vejez, y allá, cuando retirado y olvidado quizás de mis paisanos me asalte la negra pena de la ingratitud, me consolará la dulce memoria de haber salvado mil familias de la orfandad y de la muerte".

El 3 de Marzo de 1815 los deportados de Juan Fernández, entre los cuales se encontraban patriotas tan eminentes como Cienfuegos, Egaña, Manuel de Salas, Joaquín Larrain, habían hecho el voto solemne de fundar una institución de caridad, si Dios los sacaba con vida de tan penoso cautiverio. Una vez libres, cumplieron su voto y establecieron en la iglesia de la Compañía el Instituto de Caridad Evangélica, popularmente conocido hoy con el nombre de "Hermandad de Dolores".

En 1820 la Cofradía, que albergaba en su seno lo mejor de Santiago, invitó a ingresar a ella al Director Supremo don Bernardo O'Higgins. Este contestó con una hermosa nota que terminaba así: "Puede V. S. contarme por incorporado en ella desde este momento, en la inteligencia que cumpliré con las obligaciones que me impone el Instituto, sin eximirme de concurrir a los actos y funciones del culto en todas las ocasiones que me lo permitan las tareas de mi destino".

#### IV

Después de algunos años de próspero gobierno O'Higgins se vió obligado a dejar el mando. "Siento retirarme,— dijo,— sin haber consolidado las instituciones que yo había jurado defender. Pero llevo al menos el consuelo de dejar a Chile independiente de toda dominación extranjera, respetado en el exterior y cubierto de gloria por sus hechos de armas".

Luego agregó: "Doy gracias a la Divina Providencia que me ha elegido para instrumento de tales bienes y que me ha concedido la fortaleza de ánimo necesaria para resistir el inmenso peso que sobre mi han hecho gravitar las azarosas circunstancias en que he ejercido

el mando. Pido muy de veras al cielo proteja del mismo modo a los que deben sucederme”.

Una vez que se hubo despojado de la banda tricolor, exclamó con gesto arrogante: “Al presente soy un simple particular. Mientras he estado investido de la primera dignidad de la república, el respeto, sino a mi persona, al menos a este alto empleo, debía haber impuesto silencio a vuestras quejas. Ahora podéis hablar sin inconvenientes. Que se presenten mis acusadores”.

Y terminó así su magnánima arenga: “Quiero conocer los males que he causado, las lágrimas que he hecho derramar. Salid y acusadme. Si las desgracias que me echáis en rostro han sido, no el efecto preciso de la época en que me ha tocado ejercer la suma del poder, sino el desahogo de mis malas pasiones, esas desgracias no pueden purgarse sino con mi sangre. Tomad de mí la venganza que queráis, que yo no opondré resistencia. Aquí está mi pecho”.

La victoria que don Bernardo O’Higgins consiguió el día de su patriótica inmolación fué más grande que todas las que había alcanzado en los campos de batalla y sólo comparable a la renunciación de San Martín en Guayaquil, que hizo posible la jornada de Ayacucho. Un ciudadano argentino,— Luis Antonio Morante,— que presencié estos hechos dijo más tarde al recordar la escena: “Nunca espero ver algo más grande en un hombre”.

Don José de San Martín, al saber en Mendoza la abdicación de O’Higgins, “su amigo y compañero de sacrificios y de glorias, se apresuró a escribirle estas palabras: “Ahora es cuando gozará Ud. de paz y de tranquilidad sin necesidad de formar cada día nuevos ingratos”. ¡Y la ingratitud era la ofensa más dolorosa que se podía inferir a O’Higgins! “Más me abate una ingratitud que un cañón abocado al pecho”, había escrito a Freire en Enero de 1823.

Después de su honrosa y patriótica abdicación don Bernardo O'Higgins marchó al destierro. Iba pobre, a pesar de haber tenido en sus manos las riendas del poder. Y sin embargo se le calumnió, lo mismo que a San Martín. "Están persuadidos,— le escribió éste un día,— que hemos robado a troche y moche". Y con aire filosófico y socarrón, le agregaba en seguida: "¡Ah, pícaros! Si supieran nuestra situación algo más tendrían que admirarnos!"

En la mañana del 19 de Julio de 1823, día de su partida al Perú, el prócer oyó la Santa Misa en la parroquia matriz de Valparaíso y oró devotamente ante el famoso Cristo que allí existe y que se cree fué un obsequio de Felipe II a aquella iglesia. Lo siguieron al ostracismo su madre doña Isabel Riquelme y su hermanadofia Rosa, "esas dos nobles compañeras que pusieron en su vida la nota grata y delicada y más tarde le fueron sedante a las renovadas olas de amargura que golpearon las playas de su destierro". (E. Orrego Vicuña).

Poco antes de hacerse a la vela, el ilustre proscrito lanzó al pueblo una proclama que rebozaba nobleza, patriotismo y generosidad. "Con el corazón angustiado y la voz trémula,— decía,— os doy este último adiós. El sentimiento con que me separo de vosotros sólo es comparable a mi gratitud. Yo he pedido, yo he solicitado esta partida que me es ahora tan sensible. Pero así lo exigen las circunstancias que habéis presenciado y que yo he olvidado para siempre. Sea cual fuere el lugar a donde llegue, allí estaré con vosotros y con mi cara patria".

A la caída del valiente militar y progresista mandatario sus enemigos se enfiaron contra él. En el Senado de la república se hicieron críticas amargas contra su gobierno, que a pesar de haber tropezado con las mayores dificultades, había hecho una labor fecunda y bienhechora. Entonces Camilo Henríquez salió en defensa del ilustre proscrito y pronunció un magnífico discurso, que hizo época en los anales de esa alta corporación.

En la primera parte de su brillante defensa hizo resaltar la tesis que un dictador no podía ser responsable de los actos que había ejecutado como tal, en una época en que eran necesarios para encausar la marcha de la república. En la segunda hizo con elocuencia la historia de los merecimientos del héroe, que balanceados con sus faltas dejaban un saldo enorme a su favor. Don Miguel Luis Amunátegui, recordando la noble actitud del patriota sacerdote, esculpió esta hermosa frase: "¡Es más lucrativo ser cortesano del poder; pero es más glorioso serlo de la desgracia!"

\* \* \*

O'Higgins no quiso en el destierro abandonar las armas. Ofreció sus servicios a Bolívar y éste le contestó: "Por mi parte ofrezco a Ud. un mando en mi ejército, sino correspondiente al mérito y situación de Ud. a lo menos propio para distinguir a cualquier jefe que quiera señalarse en el campo de la gloria". El mando, sin embargo, no lo obtuvo y se conformó con ser sólo un fiel acompañante y consejero del gran capitán que hizo resonar bajo la bóveda del firmamento "los rancos gritos de sus victorias."

Después del triunfo de Ayacucho en que se selló para siempre la libertad de América, el Libertador celebró la batalla con un gran banquete. O'Higgins, que hasta entonces había vestido de riguroso uniforme, se presentó a la fiesta en traje civil, provocando la consiguiente sorpresa. Y como Bolívar averiguara la causa, don Bernardo modestamente, respondió: "Señor, la América está libre. Desde hoy el general O'Higgins ya no existe. Sólo soy el ciudadano particular Bernardo O'Higgins. Después de Ayacucho mi misión está concluida".

El prócer colombiano enmudeció delante de esa gran figura chilena. Estrechólo después entre sus brazos, lo retuvo junto a su corazón algunos minutos, y por último, visiblemente impresionado, alzó el bastón

que tenía en la mano, con empuñadura de oro y la inicial de su nombre. Lo miró un momento, lo besó y se lo ofreció a O'Higgins, diciéndole: "General, conserve Ud. este bastón como un obsequio del Libertador Simón Bolívar, que admira su patriotismo y su gran corazón".

Ya antes, en otro gran banquete con que la sociedad limeña había obsequiado a Bolívar,— y en el cual O'Higgins ocupó un sitio de honor correspondiente a su gloria,— el héroe americano que se distinguía también como orador brillante, había alzado la copa brindando así: "Por el buen genio de América que trajo al general San Martín con su ejército libertador desde las márgenes del Plata hasta las playas del Perú, y por el general O'Higgins, que generosamente lo envió desde Chile".

Poco después el ilustre proscrito chileno se sepultó para siempre en la hacienda de Montalván, que el Perú agradecido a sus servicios le había obsequiado con delicada nobleza. Allí vivió largos años entregado a trabajos agrícolas y a prácticas piadosas. ¡Y de tarde en tarde solía saborear aquella frase que a raíz de su abdicación le escribió desde Mendoza su hermano libertador, don José de San Martín: "Goce Ud. de la calma que le proporcionará la memoria de haber trabajado por el bien de su patria!"

## V

Finalicemos la semblanza con una anécdota. Meses después de la salida de O'Higgins un grupo de patriotas celebró en Santiago el 18 de Septiembre con un gran banquete. En el calor de los brindis se levantó el canónigo argentino y diputado chileno, don Julián Navarro e hizo este breve saludo a uno de los grandes servidores de la patria, poco antes desaparecido: "Al héroe de Chile, al primer hombre de la revolución, al que más se sacrificó por ella, a don José Miguel Carrera".

El general don Joaquín Prieto, otro de los comensales, no pudo contenerse, y pidiendo licencia a la mesa se puso de pié y replicó entre los aplausos de la concurrencia: "No hay en Chile otro héroe por quien brindar sino por el Capitán General don Bernardo O'Higgins". La posteridad ha hecho honor a las palabras de Prieto y ha consagrado a don Bernardo, sin protestas de nadie, como el "héroe máximo" de la república.

Y con razón. O'Higgins no tuvo, en efecto, otra mira durante su larga vida pública y privada que el amor a Chile y la felicidad de la patria. Por ella luchó, por ella vivió y bendiciendo su nombre rindió la vida en el destierro. El amor a la tierra nativa dió una bella unidad a su existencia. Y esta virtud es la más alta y suprema recompensa de las almas nobles. Ya lo cantó el mejicano Díaz Mirón:

Esa unidad espléndida y bruñida  
que constituye el mérito más alto  
De un libro, de un diamante y de una vida.

